

Editorial

¿Nos interesa la ciencia?

Guillermo Jaim Etcheverry,
Rector de la Universidad de Buenos Aires

Hace unos pocos años, la profesora Élica Leibovich de Gueventter realizó un interesante estudio acerca de la evolución del rendimiento académico de nuestros jóvenes de 17 a 22 años durante el periodo comprendido entre 1970 y 1995 [1]. Se comprobó una marcada disminución en dicho rendimiento que descendió del 70 % de jóvenes que alcanzaban el nivel aceptable en 1970 al 18 % en 1995, sobre la base de las mismas pruebas. Pero, además, se pudo demostrar una notable mutación en los valores de esos jóvenes. Efectivamente, su valoración de la ciencia cayó del 62 % en 1970 hasta el 26 % en 1995, mientras que, en ese mismo periodo, su actitud concreta hacia la ciencia también descendió del 45 % al 9 %. En ese lapso, la valoración de los aspectos económicos pasó del 32 % al 45 % mientras que la actitud concreta que demostraban esos jóvenes hacia las cuestiones económicas creció del 18 % al 58 %.

Es decir que, en las últimas décadas, la valoración del conocimiento por parte de los jóvenes ha experimentado una caída dramática. Esto resulta paradójico: mientras la sociedad contemporánea afirma con insistencia que vivimos en la era del conocimiento, de la sabiduría, de la ciencia y de la tecnología, nuestra gente cada vez sabe menos porque valora menos eso que declama como tan importante. Tampoco percibe que el desarrollo económico, que sí aprecia, está estrechamente ligado a la actividad científica. De allí que, si como dirigencia, comprendemos el papel crucial del conocimiento y la tecnología para el desarrollo, deberíamos resistirnos a seguir a la sociedad y asumir, en cambio, una posición de liderazgo que señale al conjunto que éstos son temas centrales para el futuro común, impulsándolo a compartir esa valoración. Posiblemente, en la época de Sarmiento la gente no reclamaba que se fundara un observatorio o que se importaran profesores y científicos. Y, sin embargo, eso se hizo, lo que nos dejó una rica herencia de cuyos restos aún seguimos viviendo. Posiblemente, lo que hoy falte sea desarrollar en nosotros mismos una idea clara acerca del destino de la Argentina.

Nuestra tarea es represtigiar el conocimiento y, para ello, desde la Universidad de Buenos Aires –además de destinar recursos crecientes a sostener nuestro propio sistema de investigación– deberíamos hacer un esfuerzo para influir sobre las etapas previas del sistema educativo. Nos limitamos a decir que nuestros estudiantes carecen de una sólida formación, pero hacemos muy poco por mejorar sus oportunidades de adquirirla. Deberíamos preocuparnos por formar a quienes son los únicos que pueden garantizar que, dentro de medio siglo, contemos con una sólida empresa social en el campo de la ciencia. Si no logramos despertar en nuestros jóvenes ese interés por el conocimiento científico, del que hoy carece la mayoría, el futuro de la ciencia está seriamente

comprometido.

Si pretendemos que en la Argentina se continúe investigando, debemos trabajar hoy con las nuevas generaciones, no sólo con quienes se acercan a nuestras aulas, para lograr que comprendan la trascendencia que esa actividad tiene para el futuro del país. Es imprescindible desarrollar entre quienes nos siguen la pasión por el conocimiento, emprendiendo un esfuerzo nacional para lograr que en el próximo siglo siga habiendo interés, y como consecuencia recursos, para continuar creando en el campo científico. Debemos, en síntesis, asumir la impostergable necesidad de ejercer con plenitud el liderazgo que genuinamente nos corresponde.

[1] Leibovich de Gueventter, Élida. "Historia para el futuro. Jóvenes en los últimos 25 años". En: La investigación en el área educativa: Tres perspectivas, Eichelbaum de Babini, Ana María; Gibaja, Regina Elena; Leibovich de Gueventter, Élida. Editorial Santillana - Academia Nacional de Educación, Buenos Aires, 2001.